



Crónica de un sábado repleto de abucheos

"ESPAÑOLAS EN PARÍS", EN PARÍS

Durante estos últimos días se ha estrenado en la capital francesa la película de Bodegas y Dibildos, «Españolas en París». En el Barrio Latino o en los Campos Eliseos los franceses —y los españoles allí residentes— han tenido ocasión de contemplar las historias paralelas de las cuatro muchachas protagonistas del film: sus amores frustrados, sus pequeñas venganzas, sus placeres efímeros y sus dificultades de vivir. Como sea que la película vista en España puede tener un sentido y vista en Francia otro muy distinto, aprovecho el viaje a París para asistir a la presentación

que de los actores y otros responsables del film se efectuó en «Bataclán», un baile popular sólo frecuentado por españoles y españolas trabajando en París. Aunque buena parte de los asistentes a «Bataclán» aún no habían contemplado la película, su posición frente al film fue notablemente unánime. De ello pueden dar fe Laura Valenzuela, escasamente acostumbrada, desde su otero televisivo, a los riesgos de la «contestación», y también el firmante, quien, por esta vez, prefirió a las tentaciones del París «la nuit», esas escenas reales como la vida misma que a continuación, y cual fiel notario, transcribe para ustedes.

ANTE LOS INSISTENTES GRITOS DE «FUERA, FUERA», LAURA VALENZUELA SE VIO EN LA OBLIGACION DE ABANDONAR EL ESCENARIO

HABIA sido mi amigo, Pol Girbal, quien me convenció para asistir el sábado por la noche a «Bataclán». Cuando cogí el taxi que debía llevarme allí, el conductor murmuró: «Ah! le bal des espagnols». Y, efectivamente, no podía haber dudas al respecto: bajo el rótulo luminoso, color rojo intenso, que anuncia la sala, sólo se oía hablar castellano. Al atravesar la puerta e introducirme en «Bataclán», la impresión de pequeña isla hispánica enclavada en el centro de París, aún se acentuaba. El inmenso local, decorado con un mal gusto notable —murales imprecisos, recubriendo las paredes, racimos de globos blancos colgando de las alturas abovedadas—, se hallaba abarrotado por españoles y españolas en París. No exactamente el tipo de españoles que uno puede encontrarse paseando por el Boul'Mich, recorriendo la ruta turística o dejándose ir en el Crazy Horse, sino un tipo de español muy distinto: aquel que según los informes económicos contribuye de manera eficaz a equilibrar la balanza de pagos o aquél que, para ser más precisos, ante la difícil supervivencia en su país debe marchar al extranjero y allí —desarraigos, humillaciones y largas jornadas laborales incluidos— tener la posibilidad de vender su fuerza de trabajo por francos, en vez de pesetas, con todas las ventajas y desventajas que esto presupone.

PRIMEROS ABUCHEOS

«Bataclán», sábado noche, boulevard Voltaire, rebosaba de gente cuando yo llegué. Humo, calor y estridencia musical eran las notas características de ese baile al viejo estilo dominiguero —es decir, con las mesas rodeando la pista de baile por todas partes, menos por una, el escenario, desde donde emite su mensaje musical la orquesta— en el que los jóvenes obreros españoles van a reponer sus fuerzas para poder seguir trabajando, a pleno rendimiento, una semana más. En «Bataclán» se alterna lo más moderno, con lo más clásico. A ratos una orquesta más bien pachanguera intenta afinar el ritmo de los últimos hits, a ratos Pepe Blanco revitaliza el sentido trágico de la vida: pasodobles, chotis y un constante afán de servicio: «ustedes se lo merecen todo y yo estoy aquí cantando hasta mañana o hasta que me echen». En este ambiente denso de humo y húmedo de sudor, apareció de pronto el habitual maestro de ceremonias: Señoras y señores —anunció— vamos a presentar a continuación a una gran estrella española... La promesa no satisfizo plenamente al respetable y unos aislados, pero rotundos «fuera, fuera», cortaron el cargado ambiente. «Laura Valenzuela, principal intérprete de la película «Españolas en París» ha venido especialmente de Madrid —continuó el presentador— para estar entre nosotros; con ella, el director de la película, Roberto Bodegas.» Mientras estas palabras saltaban por los micrófonos, los gritos de «fuera, fuera» aumentaron de volumen. «Aquí está Laura Valenzuela, ¡un aplauso para ella!» La protagonista de «Españolas en París» aparece en el escenario a lo grande: sonrisa de primera categoría y agitación de la mano en señal de saludo. Los gritos de repulsa aumentan, pero la presencia de Laura Valenzuela despierta también algunos aplausos. La artista reclama silencio para poder decir lo que piensa, pero el

ruido de la oposición es notable e impide prácticamente la comprensión de las palabras de Laura Valenzuela. Esta, dada la situación, apela al sentido democrático de la sala: «Vosotros ya habéis demostrado lo que pensáis, dejadme ahora hablar a mí». Pero el ruido de los «fuera, fuera», no decrece, sino que aumenta. La Valenzuela, visto el escaso éxito del recurso democrático, cambia de táctica: «Españoles, yo también soy española, todos somos españoles». Pero en esta ocasión el mito nacional funciona de manera muy precaria y el abucheo continúa con el mismo tono. En vista de ello Laura Valenzuela opta por la digna retirada, recordando que no les guarda rencor por lo que ha sucedido y que otro día ya se entenderán mejor. A continuación es Bodegas, el director de la película, quien se dirige al público. Primeramente su voz grave y pausada parece apaciguar un tanto los ánimos. Pero en cuanto se adentra en los complejos caminos de la poesía —yo os digo lo que Celaya...— la sala vuelve a enfurecerse. A partir de este momento todo está irremediablemente perdido. Ni cuando Bodegas dice «me parece magnífica vuestra protesta», «ojalá no tenga que hacerse otra película sobre la emigración» o «¡volveremos a vernos en España!» la cosa consigue arreglarse. El maestro de ceremonias elude la espinosa actuación, da por terminado el acto y presenta al gran Pepe Blanco. Este —los ánimos aún están exaltados— es recibido con tímidos aplausos.

SE INSISTE EN LA PROTESTA

Después que Pepe Blanco cantara con su peculiar estilo algunas canciones y hallándose la sala más sosegada, el maestro de ceremonias interrumpió de nuevo el espectáculo y anunció que a continuación se impartirían las medallas «Bataclán» a Laura Valenzuela, François Arnoul —otra de las intérpretes de «Españolas en París», Roberto Bodegas y José Luis Dibildos, productor de la película. De nuevo, la aparición de los artífices del film, en el escenario, provocó el abucheo a gran escala. Los gritos de «fuera, fuera», se combinaron en esta ocasión con los de «comerciantes, comerciantes». En esta ocasión el maestro de ceremonias se indignó y calificó al respetable de «rebaño de ovejas que se dejaba conducir por una minoría disconforme». Y ante estas duras palabras una parte del público, que hasta el momento había permanecido más o menos indiferentes, empezó a aplaudir con fuerza. A pesar de todo, el ruido era ensordecedor (subió de tono cuando el maestro de ceremonias, que también debía tener participación económica en la empresa, lanzó un speech en el que se decía «vosotros vivís de trabajar en Francia, yo vivo de vosotros y así todo queda entre españoles», y la ceremonia concluyó precipitadamente.

Entre bastidores todo el mundo estaba un punto pálido. Laura Valenzuela afirmaba que «eso no lo para ni Agustina de Aragón». Bodegas, algo nervioso, decía que aquello estaba muy bien, que le parecía magnífico que la gente protestara. Otros decían que el público no sabía contra qué gritaba, ya que nadie había visto la película. Y había quien añadía que aquello estaba orquestado por los del «Mundo Obrero»,

mientras que otros eran de la opinión que los responsables del desastre eran los «gauchistas».

HABLAN LOS PROTAGONISTAS

Mientras tanto, en la sala se había vuelto al ambiente inicial. La orquesta pachanguera desgranaba nuevamente los hits del momento y las parejas evolucionaban a su aire sobre la restablada pista de «Bataclán». De hecho, tanto la desaparición de los autores de «Españolas en París», como el anuncio por los altavoces de la próxima actuación de Peret y Manolo Escobar, habían influido de manera rotunda en el ánimo de la gente; en este sentido, «Bataclán» volvía a ser una fiesta.

Con todo, restaba elucidar las causas y motivos de la protesta. El abucheo había sido notable, y bien se merecía una pequeña indagación. Al principio no hubo suerte. Las señoritas que tuvieron la amabilidad de bailar conmigo se hallaban en una situación de franco despista. Finalmente, gracias a la amable ayuda de un camarero, conseguí localizar un grupo de jóvenes que había protestado con intensidad. Llevaba la voz cantante una muchacha de León que se halla en París como «bonne», como criada, o, si ustedes prefieren la terminología oficial, como empleada del hogar. Según ella, «ya tenemos suficientes problemas en nuestras casas por venir a trabajar a París, que sólo falta esa película en la que se nos deja muy mal». En su opinión, la película denigra a los españoles que están trabajando en París, ya que «todas las protagonistas tienen problema de cama, y yo no digo que no haya chicas que son así, pero no todas nos comportamos de la misma manera». Alguien dice que ha recibido una carta de su familia en la que se le advierte de lo mal que quedan las muchachas españolas en la película. Un joven, con su novia, señala que la protagonista queda embarazada, rompe con el novio y decide tener el hijo por su cuenta: «¿qué va a hacer en la vida? Ya ningún hombre querrá saber nada de ella...». «Hemos protestado contra la película para que se vea que no estamos a favor de lo que en ella se dice.» Otra muchacha asegura que hasta los franceses coinciden en que la película dejan muy mal a las españolas: «En la casa donde trabajo la han visto y me han dicho, ¡pues ya os deja bien esa película!». Una chica de ojos pálidos, después de expresar su indignación («ya tenemos bastante desgracia teniendo que marchar a trabajar al extranjero y soportando que nos traten como seres inferiores o como animales...»), dice que la película da una imagen muy buena de las patronas. Ante mi duda sobre su segunda afirmación, me aclara que habla de oídas, pues aún no ha visto el film, y que hasta que no lo vea no podrá formarse una opinión justa. «Pero, en cualquier caso, eso es lo que se dice.»

Esta es, en resumen, la opinión de los disconformes —o, al menos, del sector de disconformes que yo conseguí localizar. Esto es, en resumen, la crónica de un sábado por la noche, boulevard Voltaire, «Bataclán», de las españolas y españoles en París. Cuando salí a la calle hacía ya mucho frío y entre los dientes notaba el gusto amargo de la última cerveza que bebí.